

CARTA A MI ABUELA



Soy una abuela que no tiene abuela.... y sabrá Dios dónde está, pues desconozco el lugar donde van las almas de los que han fallecido.

De niña, jamás llegué a pensar que un día yo iba a ser una abuela, igual que ella. Excepto por la diferente moda en el vestir, cada día me estoy pareciendo más a ella. Ya tengo en mi cuerpo las mismas arrugas que yo le observaba, la misma papada, algunas canas, los lentes, las pecas en la piel de mis manos...

¡y para qué le sigo!

Hace unos días me invitaron a participar en un certamen, presentando una carta dirigida a mi abuela. Me agradó mucho la idea, pues siempre me ha gustado escribir cartas, ya que, a través de ellas, puedo transmitir y expresar mis sentimientos más profundos.

He enviado miles de cartas a miles de personas, por más de 60 años. Cuando estudiaba el tercer grado de Primaria, escribí mi primera carta con un manguillo que se empapaba en tinta china. En aquel entonces, no se había inventado el bolígrafo. Hasta la fecha conservo el tan gratificante hábito de la escritura, sólo que ya he cambiado el famoso manguillo por mi "compu".

Hoy le escribiré, por vez primera, a mi abuela paterna y tengo la certeza de que, de algún modo, ella "escuchará" mi mensaje. Es más, voy a comenzar en este mismo instante:



Querida abuelita Lupita:

Yo empiezo a conocer varias anécdotas de tu vida hasta después de que partiste de este mundo. Eso me ha llevado a sentir que realmente no te has ido del todo, que una parte de ti me acompaña cada vez que te recuerdo y me permite darle un pasado a esa persona que, siendo yo una niña, conocí únicamente en su rol de "mi abuelita Lupita".

Quiera o no, yo también estoy ligada a tu pasado y también llevo en mis venas, la misma sangre de tus padres y abuelos, cuyas historias, obviamente influyeron en tu manera de ser. Te comparto lo poquito que sé de ellos:

TU MAMÁ (mi bisabuela).

Se llamaba María, vivía en la ciudad de Puebla, fue hija única, creció en un ambiente acaudalado y fue una hija muy mimada. Cuando su madre murió, su padre se fue a España, no sin antes ingresarla a un convento en la ciudad de Puebla.



Un día, en la antesala de ese convento poblano, un renombrado político y respetado abogado, estaba esperando ser recibido para tratar algún asunto con la Madre Superiora. Entonces, de pura casualidad, María pasó de largo por esa habitación y él quedó prendado de su belleza y hermosura. Como en los cuentos, ¿verdad?

Este caballero, pide permiso a la Madre Superiora de tratar a la joven: y lo obtiene, aunque no tan fácilmente. Con el tiempo logra convencer a María, de casarse con él. La boda se llevó a cabo precisamente en la capilla del convento.

TU PAPÁ (mi bisabuelo).

Su vida fue como de telenovela. Me entero de que en aquella época, existió un cacique que se llamaba Rodolfo, de mucho dinero y poco corazón, quien se enamoró de Francisca, la hija del administrador de una hacienda: y resulta que, nada más porque sí, un día la subió a su caballo y se la robó. Pronto la abandonaría y ella regresó con sus padres, llevando en sus entrañas a un hijo del cacique, a quien Francisca lo bautizó con el nombre del mismísimo cacique: Rodolfo





Cuando el niño Rodolfo cumplió cuatro años, su padre, el malvado cacique, se enteró de su existencia y decidió desaparecerlo del mapa.

No, no lo mató, sino que, al igual que a Francisca, también se lo robó. Con objeto de evitar problemas con su esposa, el susodicho cacique abandonó a su propio hijo en el zócalo de la ciudad de Puebla y, por más que lo buscaron, Francisca no volvió a saber de su hijo. El niño fue adoptado por la familia

que lo encontró.

Este chico crece, se convierte en un renombrado político y respetado abogado, y se enamora de una joven llamada Adela. Cuando pide su mano al padre de Adela, éste se niega, alegando que no proviene de una familia de abolengo.

Rodolfo le explica al papá de Adela, que sus logros son muy meritorios ya que, a pesar de haber sido abandonado por su padre cuando era niño, él realizó sus estudios apoyado por su familia adoptiva.

El padre de Adela palidece y casi se desmaya. Sin embargo, haciendo uso de su escasa honestidad, se armó de valor y confesó la verdad: -"Yo soy quien te abandonó...yo soy tu padre".

Así que, su novia Adela, resulta ser su media hermana. No había duda, el parecido físico de los dos "Rodolfos", era impresionante: inclusive el joven también se parecía a su media hermana. Antes de morir, papá-Rodolfo (el tantas veces mencionado cacique), incluyó a su hijo en el testamento; sin embargo, Rodolfo-hijo (mi bisabuelo), renunció a dicha herencia. Más tarde, conocería a su futura esposa, María (mi bisabuela), en la antesala de un convento, cuando esperaba ser recibido por la Madre Superiora.

De ese matrimonio nacen nueve hijos, y me entero, abuelita, que tú eras la más pequeña de los nueve. Eras una mujer que se crió en la alta sociedad, inteligente, no tan bonita, pero de enorme simpatía y don de gentes: muy culta y de alma bondadosa. Por cierto, admiradora de Don Porfirio Díaz, presidente de México en aquella época.

TU ESPOSO (mi abuelito).

Tus padres te tenían destinado para esposo a un médico muy rico y destacado. Al no acceder a esta propuesta, decidiste convertirte en religiosa; para lo cual, dentro de los ejercicios espirituales de



preparación, acudiste a confesarte con un sacerdote de la basílica, quien te pidió que regresaras por la tarde.

Este sacerdote tenía un hermano menor que se llamaba Modesto, oriundo de los Países Vascos de España. El caballero Modesto había llevado una vida bastante alocada, y ya estaba cansado de andar de aquí para allá. Le había llegado el momento de sentar cabeza y formar una familia. Así que, cuando regresaste a tu cita vespertina con el sacerdote, éste aprovechó la ocasión para presentarte a su atolondrado hermano. Después de tratarse un tiempo, se enamoraron y te casaste con mi abuelito Modesto.

Supe que tuvieron nueve hijos, de los cuales, cinco murieron de distintas enfermedades. Se dice fácil, pero no imagino el gran dolor que significó para ti el perder cinco hijos.

NUESTRA CONVIVENCIA.

Abuelita, cuando yo era niña y mi papá me llevaba a visitarte, jamás me hubiera imaginado que formaste parte de esta increíble historia. Claro está que, en aquel entonces, a los niños casi no nos platicaban las cosas que pertenecían a los adultos; sin embargo, para mí tú eras la abuelita que todos los domingos nos recibías, a mis hermanos y a mí, en tu ancestral casa de la calle 5 de Febrero, en pleno centro de la ciudad de México. Te daba mucho gusto el vernos llegar y yo me sentía bienvenida.

En seguida nos conducías hasta tu recámara, donde tenías un enorme ropero estilo Luis XV. Allí dentro, entre tus alfileros, tus guantes y tus mantillas, estaba una cajita que contenía monedas de cobre de veinte centavos. Veinte centavos, en esos días, era mucho dinero para un niño, pues rendían para comprar bastantes golosinas. Esa moneda que nos dabas, era nuestro "domingo" (así le llamaban).

Luego nos pasabas a la sala de estar y te sentabas a tocar la pianola y a cantar canciones de antaño. A veces nos decías frases en francés, con la idea de que nos fuéramos familiarizando con esa lengua extranjera que tanto te gustaba. En seguida le servías a mi abuelito, como aperitivo, su copita de tequila; y luego nos invitabas a pasar al comedor donde, en un plato hondo de elegante vajilla francesa, nos servías una deliciosa sopita de fideos.



la pianola



Sin embargo, yo siempre tenía sentimientos encontrados hacia ti. Por un lado, eras la dulce abuelita que acabo de describir; y por el otro, eras la malvada suegra que había inventado y sembrado un chisme para lastimar a mi mamá y desprestigiarla ante su esposo - tu amado hijo - mi adorado papá.

Supe que mi mamá te reclamó personalmente y, después de una acalorada discusión, se dejaron de hablar para siempre. Yo presentía que no la querías y eso me hacía dudar de mi amor hacia ti.

También me molestaban mucho los comentarios que nos hacías cuando, a sus 27 años de edad, a mi mamá le extirparon un tumor cerebral y tardó mucho tiempo en recuperarse: -"Pobrecitos de mis nietos, con su mamá que quedó tan mal de la cabeza" -nos decías. ¿Cómo era posible, abuelita, que te expresaras así de la esposa de tu hijo, mamá de tus nietos?

Pasó el tiempo, y cuatro días después de mi cumpleaños número quince, falleció mi papá. Poco a poco dejé de frecuentarte y solamente volví a saber de ti cuando me avisaron que habías muerto. No recuerdo haber sentido un gran dolor. Sin embargo, siempre que pensaba en mi abuelita Lupita, olvidaba los problemas familiares que sucedieron y mi mente se enfocaba en tratar de comprender el profundo vacío que te dejó la muerte de tu hijo (mi papá), quien abandonó este mundo a la edad de 42 años. Sé que fue tu hijo favorito, nunca lo pudiste disimular; y creo que jamás te repusiste de esa terrible pérdida.

Abuelita, no sabes cuánto me hubiera gustado tenerte por más tiempo en esta vida. Te fuiste cuando todavía yo no tenía edad suficiente para comprender lo que ahora entiendo. Te perdono el hecho de haberte expresado así de mi mamá; yo creo que realmente no fuiste consciente de lo que decías. Y te pido perdón, de todo corazón, por haberte juzgado cuando la ofendiste. Yo no sabía, como ahora, que no se nos ha dado el derecho de juzgar a otros. Es por eso que hoy elijo conservar únicamente los bellos recuerdos de ti, de los que tengo constancia, por el hecho de haberlos experimentado a tu lado. Quiero honrar tu persona, no solamente por ser mi abuela paterna, sino también, porque eres la mamá de quien más he querido en el mundo; y no es casualidad el que mi papá haya sido un gran hombre, pues en el contexto de sus valores, tú tuviste mucho que ver. Gracias por ser mi abuelita y por haberme dado lo que en ese entonces, eras tú.

Con mucho cariño, de tu nieta,

Modesta

